TERESA GARBÍ

CINCO

(SOBRE EL DONCEL DE SIGÜENZA)

FOTOGRAFÍAS DE EMILIO RUIZ

UNO Y CERO EDICIONES

Colección ***Poesía***

Consejo asesor:
Sergio Gaspar
Vicente Gallego

© Teresa Garbí, 1988
© Emilio Ruiz, 1988
© UNO Y CERO EDICIONES, 2015

ISBN: 978-84-942609-9-5

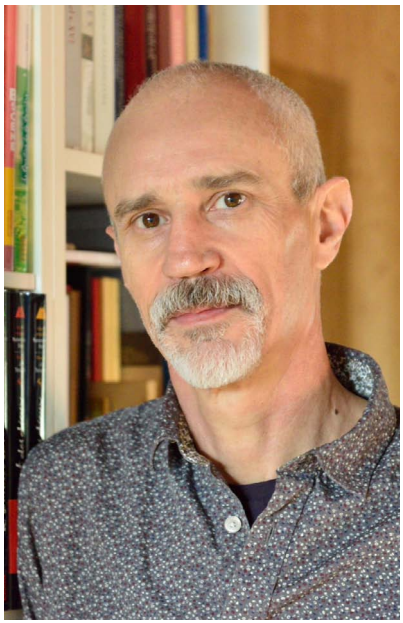
Diseño gráfico y cubierta: Emilio Ruiz
UNO Y CERO EDICIONES
C/Vicente Gaos 3, A2
46021 - Valencia

www.unoyceroediciones.com
contacto@unoyceroediciones.com

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño de la cubierta, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna otra forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, conocido o por conocer, sin el permiso previo, expreso y escrito, de los titulares del Copyright.

Teresa Garbí nace en Zaragoza. Estudia Filología Románica en esa ciudad. Cursa estudios de Bellas de Artes.
En 2013 funda Uno y Cero Ediciones junto a otros autores.
Entre sus obras de creación destacan:
Grisalla, 1981; *Espacios*, 1983; *Alas*, 1987; *Cinco*, 1988; *La sombra y el pozo*, 1993; *El pájaro solitario anida tras el muro*, 1997; *El bosque de serbal*, 2001; *Desde el silencio, nadie*, 2007; *Leonardo da Vinci: obstinado rigor*, 2009; *Sakkara*, 2015.

Ha publicado un ensayo: *Mujer y literatura*, 1997 y varios libros para aprendizaje de español y lectura de enseñanza media (*Una pequeña historia*, 2000; *La gata Leocadia* y *La gata Leocadia en la granja*, 2002; *El regreso*, 2005) y dos ediciones de obras clásicas: *El caballero de Olmedo*, de Lope de Vega, 2004, y *Romancero gitano*, de García Lorca, 2011.



Emilio Ruiz Zavala nace en Santander. Estudia Bellas Artes en Valencia. Sus comienzos profesionales fueron de fotógrafo de teatro y danza en esa ciudad. Posteriormente trabaja de realizador de audiovisuales para escenografías, exposiciones, actos institucionales y ferias internacionales, así como fotógrafo de reportaje.

Ha ilustrado dos libros de Teresa Garbí: *Alas*, 1987 y *Cinco*, 1988.
Ha trabajado desarrollando labores gráficas y de documentalista en la productora audiovisual Grupo Ganga, 2001-2003.
Con la dibujante Ana Miralles, ha trabajado de guionista en siete álbumes que han sido publicadas en varias ediciones:
El Brillo de una mirada, 1990, *En Busca del Unicornio* 1997-1999 (adaptación de la novela de Juan Eslava Galán), *De mano en Mano,* 2009, *Muraqqa*', 2011, *Wáluk*, 2011.

CINCO

(SOBRE EL DONCEL
DE SIGÜENZA)

UNO Y CERO
EDICIONES

A Ángel y a Guillermo

A Ana Miralles

I

La lluvia duró millones de años. Se ha forjado la luz de tanta niebla. Han caído interminables dibujos, una sinfonía de formas. El orden lo ha impulsado todo. He visto la música de líneas y cuerpos que, desde siempre, agitan el espacio; he visto la sombra de las sombras caer decidida sobre un plano infinito.

El éxtasis es la cima del dolor, la nota que ya no puede vencerse: el momento puro y ciego en el que todo es intersección de caminos; ese sonido que nace de otros, pero que es ya muro y fin de un tenebroso pasadizo. Nada se rompe, pero ahí está el final: tu cuerpo, espíritu de los cuatro elementos que lo conforman.

Se conjuran las estrellas y el espacio que las contiene, las aguas y el fuego que animan a la tierra. No existen, sin embargo. Sólo su sombra permanece, la perspectiva de su rumor, esa descarnada interpretación que subyace a la materia. Se pueden destruir los elementos, pero no su arquitectura, la insomne peregrinación de geometría, esos huecos con perfil que desprenden las cosas, las voces y los pensamientos.

Tú duermes en la cima del oleaje: eres su encarnación, suma de todos los sueños, el único sentido.

II

El agua atravesó túneles, filtró cenizas y polvo de distinta calidad para posarse en ti, en las ondas de tu piedra.

El aire se dispersaba, arrastrado por fuerzas durísimas.

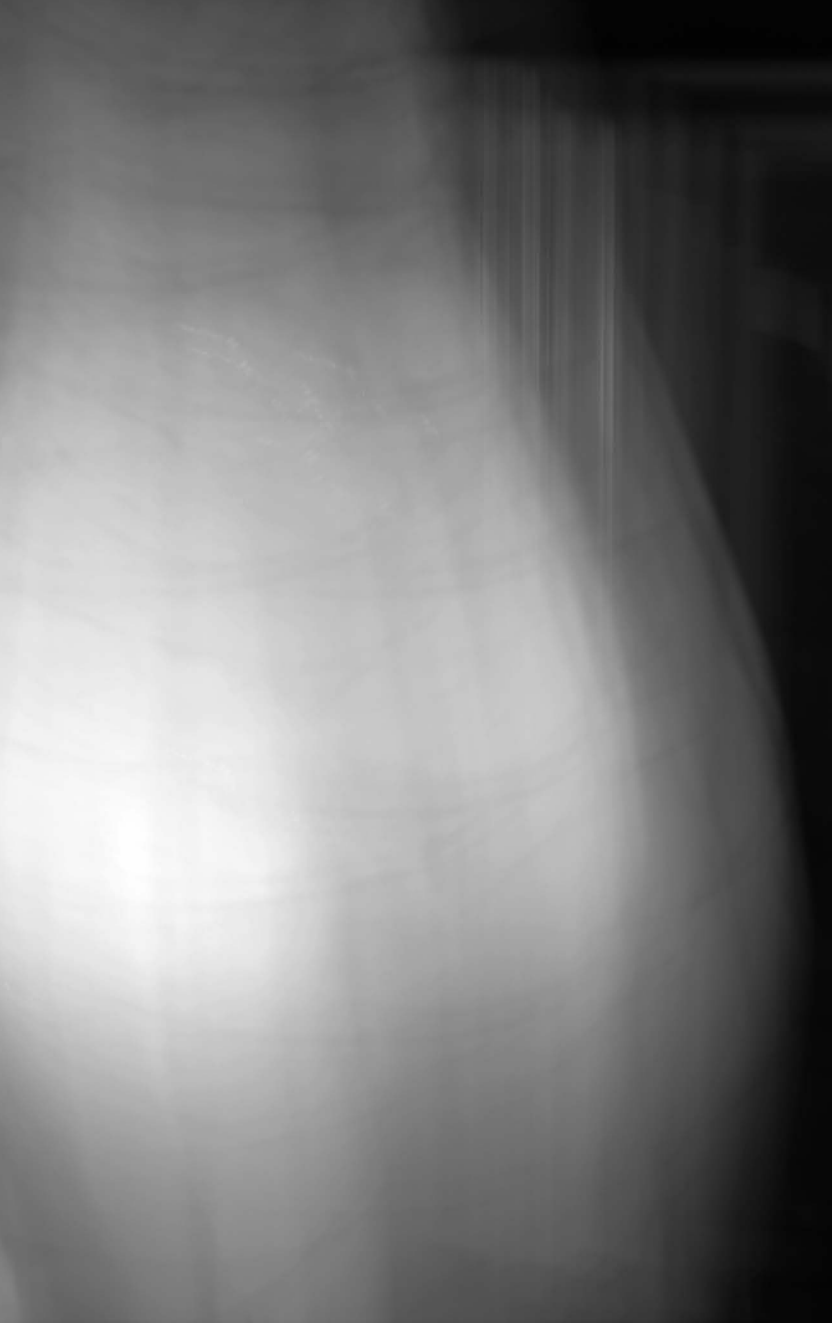
La tierra era una simple brizna. Pasaron espacios, brillos incandescente, que parecían amortiguarlo todo.

El fuego anunciaba la vehemencia de una imagen, armonía de todos los errores que siembran el espacio de cuerpos.

El agua dijo: hago un murmullo superior a las palabras, semejante al murmullo de la vida, igual a un trémolo.

El aire era una fuerza con el mismo ritmo de la tierra y de los astros. Todo lo empujaba para dotarle otro orden, una iluminación, una senda desconocida.

El fuego brotaba en el centro y le transmitía su ardor.



La tierra dijo: el tiempo dispersa y disuelve, dibuja con trazos duros y violentos aquello que sólo puede captarse en melodías estrelladas. En esa orquestación de elipses y líneas que se engendran unas a otras y se acoplan y se sustituyen interpretando la única melodía posible que no sabe de cortes y medidas, allí donde todo está acotado porque es la propia medida.

El agua aclaró la imagen y, por eso, quedó impura. Venas de fuego removían tenebrosas nieblas y, luego, flotaban sobre la superficie.

El aire impulsaba una masa cálida, removiéndola, girando.

Era el fuego, su paso fulgurante; era un dolor, una penetración, una pantalla inmensa en donde desfilaban todas las historias, la savia de todos los paisajes eternamente repetidos.

Pero la tierra conoce algo más: polvo, hojas, cristales y un sin fin de miradas errantes que nunca han podido fijarse en nada y que, tal vez, nacieron tras una ventana herida por miles de reflejos.

Algo removía el agua y se formaban círculos en su brillo plateado. Todo, al caer, dejaba su corteza en el fondo. Hubo cuerpos sumergidos en su corriente. Algunos le transmitieron su palpitación y su ritmo interior.

El aire se estiraba, se resistía a sumergirse, pero la presión de la humedad y de las hojas caídas, su propio peso, le obligaron.

Era el fuego quien le empujaba con un bloque de vapor.

Y la tierra depositaba su palpitación en el curso del agua. Dirigía las emociones de todos los seres, retenía el calor del fuego en la superficie.

Dijo el agua: yo soy el flujo eterno, la negación del tiempo.

Pero soy yo, el aire, quien retiene las imágenes. A veces algo destella y no se borra jamás. Por eso vine atravesando un túnel de hojas que se agitaban a mi paso.

Y yo, el fuego, hacía destellar el camino.

Te detuviste en mí, la tierra. Hubo un silencio. Me habías quemado enrojeciéndome con una llama. Cayó la oscuridad. Habíamos salido fuera de nosotros y éramos otro cuerpo, un solo cuerpo.

Tuvimos, desde entonces, una sola voz, la suya.

Voz llamada silencio. Un silencio material, dibujo supremo, síntesis de todas las fuerzas; una evidencia que respira nuestra emanación: Tú que eres todo desorden, todo mezcla, todo infinito, espíritu en el que el tiempo revierte en eternidad.

III

El cielo de Sigüenza no es enteramente azul. Se respira un aire cansado, un aire de incienso y de ceniza. No es posible apreciar su color con la nitidez de otros celajes porque un velo cubre la ciudad y todo está ensombrecido por el peso y la palpitación de un rumor interno. El viajero sabe que, al respirar, comulga formas transparentes, el dibujo de ese rumor.

Sigüenza es seca, sedienta, pero, en cada rincón, se desangra en fuentes que parecen adormecerse besando el desierto en el que nacieron. No hay agua más destilada ni más pura que la que aflora en el secano, a borbotones, como un lujo supremo, pero, a la vez, esperado. Al igual que en el rigor de la muerte sorprendemos siempre el claro curso de la vida.

El viajero ha oído hablar de la ciudad inmortal; de lo imposible que resulta destruir lo que el hombre, impulsado por altos designios, ha construido. Pero él sabe que un día, dentro de millones de años, o acaso ocurrió hace mucho tiempo, todo estallará. Y, sin embargo, viene a Sigüenza en busca de la inmortalidad que sigue ahí, dormida en un cuerpo, en un hombre que conoce su inoperancia, pero que, por eso, por ser

hombre, mantiene dignamente su ficción hasta el fin de los siglos, cuando regrese a los elementos que le hicieron nacer y, más allá, a las hermosas construcciones de los átomos en donde quiere pensar que su rastro dejó una razón indeleble.

Dicen que en Sigüenza se nota la vigilia del Doncel. Que no hay nadie vivo, que nadie duerme. Que el sol hiere a los viajeros que se arriesgan a conocer sus empinadas calles. Que todo está apresado por ese velo que repite en cada retícula una mirada del Doncel. Dicen que, con el aire, se absorbe su cuerpo y se conoce el misterio de todas las cosas y ya no es posible escapar.

El campo duerme. A considerable altura revolotea una bandada de vencejos. Todas las calles parecen traspasadas por su vuelo y sus cantos.

En la llanura un río avanza penosamente dejando tras sí una red de salinas. No se ve a nadie ni aquí ni en la ciudad. Generaciones enteras, desprovistas de color, de palabra, como fantasmas que hubieran aceptado la muerte desde siempre, dejaron en el camino la esencia y la armonía de la música eterna. Esa música que el viajero busca a través del vacío, olvidando las formas y los cuerpos debajo de la materia. Camina orlado por un aura húmeda y verde. Se entrecruzan por arriba ramas de robles y chopos. La maleza lame sus pies. Entre la luminosidad que destella su propio cuerpo y los rayos que se filtran por entre el verdor, se forma una cúpula radiante que, por el sendero, se desparrama en sombras rectilíneas.

El viajero no ha logrado fundirse con el paisaje porque los árboles y el polvo del camino parecen aún pintados, fragmentos cuya hilazón desconoce. No ha logrado romper su aislamiento ni ha podido rimar su palpitación con la del exterior. Mira el cielo y los alcores y la silueta diminuta de un lejano castillo conociendo su distinta naturaleza y el dolor le llena de melancolía.

Contempla el paso de antiguas comitivas. Han acudido invocadas por ese tiempo eterno, inmóvil, en donde todo se condensa. Son un gesto, una línea que contiene la armonía de la luz y la tragedia de la noche, un gesto que conoce la verdad.

El caminante intuye esa verdad oculta en la vegetación. Para alcanzarla quisiera olvidar el brillo áspero de las encinas y de los robles, el sonido sordo de las espigas, la sombra estrecha que las hojas tejen sobre su camino, el susurro de la vida. Porque él sólo desea el río subterráneo, el significado de tanta apariencia. Querría enfrentarse con ese aire destilado en el que la nada y la luz convergen.

La búsqueda termina frente a un montón de casas sobre las que surge, en lo alto, el castillo, y, más baja, flotante, irradiando una dorada luminosidad, la Catedral.

El viajero vuelve definitivamente a Sigüenza. La vida es eso: dejarse mecer por los cánticos sagrados, caminar por las calles errante, tejiendo con sus pasos un laberinto, una crisálida que sea respuesta al velo que lo envuelve todo. Y, por fin, dejarse morir hasta que la piedra nos convierta en piedra e interpretemos su trama y su razón.

Una pequeña luna centellea sobre el castillo. Se recogen las ovejas y los perros. Suena el agua de la fuente, junto a la catedral. El casco de algún caballo repica sobre las losas. Desde la Alameda sube un rumor apagado de paseantes. Cada uno interpreta su compás lo mismo que las hojas y el aire. Todos son notas

de la melodía única, de esa melodía que, en Sigüenza, se ha encarnado en el cuerpo del Doncel para dar sentido a la muerte y dotarla de inmortalidad.

El empedrado está caliente, pero también las fachadas y el pórtico de la Plaza Mayor y los pinares que perfilan a la ciudad. A veces, una sombra pálida, el hálito de la catedral, se desplaza invadiéndolo todo y parece que el aire quede transido.

No hay nadie. Pero el viajero sabe que es imposible sentirse solo porque le posee la soledad misma y los cuerpos y las sonrisas tienen la dulzura dorada de los sillares y su misma palpitación. Porque Sigüenza tiene ritmo interior y puede ceder, abrirse, para ofrecer un cobijo al caminante cansado.

El viajero abandonó sus deseos para atender al único deseo: el olvido y la muerte. Sabe que, con ellos, comprenderá el secreto de esa armonía de piedra que será, para siempre, su sepulcro.

Desde las troneras del castillo se ve la catedral. No le hace falta luz porque tiene luz propia, una irradiación que imprime textura especial a todas las casonas que la circundan. Pueden verse algunas fachadas exentas que se han vuelto hacia esa luz como un campo de girasoles. Del resto del edificio no queda nada. Sigüenza es, también, una hermosa ruina que destila tristeza. Entre los despojos de un palacio se agazapan la putrefacción, el desorden, las líneas liberadas, la muerte que subyace y anima la vida.

No es una tristeza amarga porque esa muerte no es árida ni tenebrosa. Es una muerte de resignación y de victoria. Porque entre vigas rotas y escudos y sillares pulverizados resplandece alguien que lo comprende todo. La muerte ha recibido el hálito de la claridad y se ha confundido con la vida. Es la respiración del Doncel la que suaviza la tremenda nostalgia de los charcos y de las arañas, de la carcoma y de los desconchados en las pinturas pobladas de fantasmas y expuestas al aire libre. Es él quien ha hecho brillar extrañas pedrerías entre los escombros y la desolación.

En primavera anochece muy tarde. Las calles brillan doradas. La parte medieval, la que rodea el castillo, tiene el gesto de una virgen dolorosa, su misma crispación. El mal de piedra ha ido puliendo blasones y sillares. A veces, una parra ofrece sombra frutal al caminante. El silencio es tan íntimo, tan claro, como una respiración infantil. Sigüenza descansa con la ignorancia del que no sabe que vive, del que está aún poseído por íntimos secretos. La vida está en todo de la única forma que puede estar: sin que nadie sospeche su presencia, sin deseos y sin voluntad. Y así la voluntad sigue su camino.

En torno a la catedral se alinean las nobles casas del cabildo, la ciudad religiosa. De la fuente mana un brocado antiguo. La luna esculpe estatuas policromadas en el rectángulo de la Plaza Mayor.

Abajo, en la Alameda, los gruesos árboles centenarios se perfuman con las madreselvas de los alrededores. El convento de Santa María de los Huertos permanece cerrado, recogido en sí mismo.

Cercado por una corona de lirios, destila los distintos olores y humos de los oficios religiosos.

Alrededor de la Alameda crece el barrio de San Roque y, más arriba, calles populosas en las que se apiñan comercios. Durante el día el trasiego es grande: los hombres, vestidos con ropa gris de corte indefinido, transportan mercancías o atisban desde los bares. Las mujeres circulan con prisa, deteniéndose, de pronto, ante las tiendas abigarradas. Siempre ocurre lo mismo. No importa que sea de noche. El viajero oye el tumulto, el continuo pasar y repasar; ve las sombras de ese movimiento como si se hallara a la orilla de un océano y su ruido le evocara otro mundo subterráneo. Lentamente, se encamina hacia el castillo. Una mujer, asomada a un estrecho ventanuco, conversa con otra que está en la calle. El viajero les pregunta:

-¿Está por aquí la casa del Doncel?

-Sí, ahí mismo, al lado –contesta una de las mujeres.

-¿Saben ustedes si realmente el Doncel vivió ahí?

-No sé, yo no lo he conocido. Llevo cincuenta años en Sigüenza, pero no soy de aquí –dice la mujer de la calle-. Ésta a lo mejor lo sabe. –Y señala hacia la dramática y desmelenada cabeza que parece haberse asomado por el ventano a empellones.

-No lo sé. Tampoco yo he visto a ese Doncel ni lo he conocido.

El viajero no responde. No se puede medir el pasado; un siglo es toda la eternidad porque, durante generaciones, nos hemos limitado a sobrevivir y nuestro tiempo se ajusta a otros baremos apegados a la tierra.

O, tal vez, te saben vivo, tan vivo como para ocupar todas y cada una de las historias de la ciudad. Suena tu respiración. Es tu agonía, la agonía de los campos secos y de los ásperos roquedales, el estertor del salitre en el río varado. Suena en tu corazón el estruendo de la vida y de todo el paisaje de Sigüenza, todo el dolor. Y, por encima, asumiéndolo, estás tú, encarnación de la serenidad, encarnación de Dios, de su pasión y de su éxtasis amoroso y terrible.

-Puede usted pasar, si quiere. La puerta está abierta.

El viajero se encaminó a la casa y empujó la puerta. Advirtió enseguida que se hallaba en el centro exacto de una emoción pura. Allí, en el patio vacío, convergía, justo en el centro. Cuando, de niño, se notaba adormecido en el interior de una húmeda campana en donde no era posible la respiración porque la dicha de estar allí le paralizaba. Y cuando le oprimía una enorme pena y sólo quedaba, desnuda, fija, inexplicable, la conmoción de vivir. En esos momentos había notado el hálito de ese mismo estupor.

La casa carece de muebles. Los muros están descarnados y, más que cerrar un recinto, son una pantalla que resume las infinitas perspectivas de un hueco frente a otro.

¿Qué podría buscarse en la casa del Doncel? El viajero sonríe y piensa en tantos otros que habrán atravesado el umbral desencantados ante ese tremendo vacío. Porque los hombres se aferran a ese friso decorativo que han inventado y al que llaman historia; eso les arropa haciéndoles creer que algo ha existido y queda. Pero aquí, entre las paredes desnudas, no hay tiempo, sino la nada más absoluta, la esencia de la eternidad.

El viajero cierra los ojos y revive la historia del Doncel, su muerte en la vega de Granada, sus breves amores, su forma de respirar, el peso cálido de sus sensaciones, la mirada serena con que contemplaría el paso de las cosas. Pero la anécdota no quedó ahí: fue iluminada y en un cuerpo se dio cita lo más grande y lo más humilde, suma de los más hondos secretos. Por eso el Doncel es un hito crucial en la melodía eterna. Un hito que se repite siempre de la misma forma, algo que, sin poderlo explicar, identificamos con lo verdadero.

-Bendito el que viene en nombre del Señor– repite el caminante y tiene lástima de sí mismo, por no ser el creador, el iluminado, el instrumento que dio vida al Doncel y que tal vez no sintiera nunca ninguna turbación ante su obra. Al viajero le corresponde la sed infinita, el camino hacia nada, la búsqueda del maravilloso sortilegio, el viaje eterno.

Allí, en el centro del patio, el silencio parece más callado y más puro. Una cámara luminosa impide ver si hay algo. El visitante traspasa sus cristales, respira la evidencia del aire más leve y recrea la única armonía que se repite desde el comienzo, gestada en el caos, conformándose en líneas absolutas y que, como el Doncel, estaban escritas para la eternidad.

Tu casa es oscura y la vegetación ha podido arrasarlo todo sin que nadie de Sigüenza lo note. Tu casa, lo que fue santuario de tu cuerpo, el espíritu de la ciudad, es una ruina y tal vez pase a manos extrañas. Tiene que ser así para que todo se cumpla. Tú mismo habrías contemplado con ternura el despojamiento de tu propio mundo.

Lentamente, la humedad y la carcoma destruyen las vigas. Las losas se han cubierto de barro y casi no se puede llegar al pozo porque el abandono y la desolación lo impiden. No podremos ya besar el agua que rozó tus labios. Ni tú mismo querrías romper tanta miseria. Todo ha de pasar y tú eres la interpretación de ese paso, el que acepta todos los designios, el que no ofrece resistencia y, por eso, vive.

Desde las ventanas del piso noble a las que tú te asomarías, se ven huertos diminutos, tejadillos rojos, que como pequeñas olas van escalonándose hasta la vega y, en el centro, la enorme catedral, justo por el lado en donde está tu capilla. Lejos, más allá de Sigüenza, unos montes macilentos, restregones de trigales y un cielo leve y pálido. Los pájaros, como ahora, volarían muy bajo y tú verías la ciudad a través de sus alas.

Me he sentado al lado de la ventana en donde te sentarías. Y todo es igual que siempre. Porque tú y yo sabemos que los siglos no importan. He notado tu latido, la indolencia de tu postura, tu ausencia. De pronto, el cielo se ha tapizado de alas y gritos. El silencio era mayor. Hemos mirado la habitación, tan clara, sus paredes tibias, repletas de tapices

y ese hermoso baldaquino que resguarda tus sueños. Casi a la vez has dicho:

-Hay un pájaro muerto, muchos pájaros muertos.

Porque las alas han medido ese tiempo que a ti y a mí no nos afecta y han encontrado aquí su refugio.

La sala está completamente sucia y las arañas tejen insondables telas en las que nos han capturado. Frente a tu ventana hay una reja muy alta y, tras ella, una niña te mira.

Al otro lado de la sala quedan las dependencias de tus padres. Desde allí se ve una placita en donde tú te moverías de niño o, tan sólo, callabas vigilando el frenético vuelo de los vencejos sobre la torre de San Vicente. Y, luego, te verían llegar a caballo, con tu capa blanca y tu arrogante figura. Quizá te moverías como los otros, pero tú no eras como ellos, aunque nunca lo hayas sabido.

Los pájaros casi no dejan ver tu imagen: golpean los muros de tu casa, ciegan el hueco del balcón al que tu madre se asoma y la sonrisa de tu rostro queda enmudecida por las sombras.

IV

El aire tiene forma y recovecos. Todo es aire. Sigüenza es leve, una nube en la que todo se repite y flota desde el fondo de los tiempos, una dramática ausencia.

Desde el castillo el viajero ha contemplado la Catedral y las casonas que la ciñen amparándola con su corola de pétalos dispersos. Imágenes y voces antiguas le rozan como en un túnel oscuro le golpearían alas de murciélago o espesas telas de araña. Y así, con la mirada hundida en la densidad de las cosas, permanecerá hasta el amanecer.

Entonces, cuando la niebla nocturna, roja y verde, se evapora, el viajero deja el castillo. Desciende una calle empinada y se dirige hacia la catedral.

No es niebla la que empaña las calles y dificulta la respiración. Es ese velo oscuro que retiene a la ciudad con su halo mortal y mágico.

El silencio es absoluto. En la Plaza Mayor ondean estandartes y, en alguna casona, la puerta gime impulsada por el frescor de las primeras horas.

El viajero teme que todo desaparezca en cualquier momento como un deseo inconsistente que al menor ruido se desbarata y deja ver la pobreza de sus muros.

-Los caminos no existen. Una y otra vez atravesaré la Calle Mayor y la catedral podrá esfumarse y todas las calles y Sigüenza entera y volveré a encontrarme en este silencio tan leve como la luz.

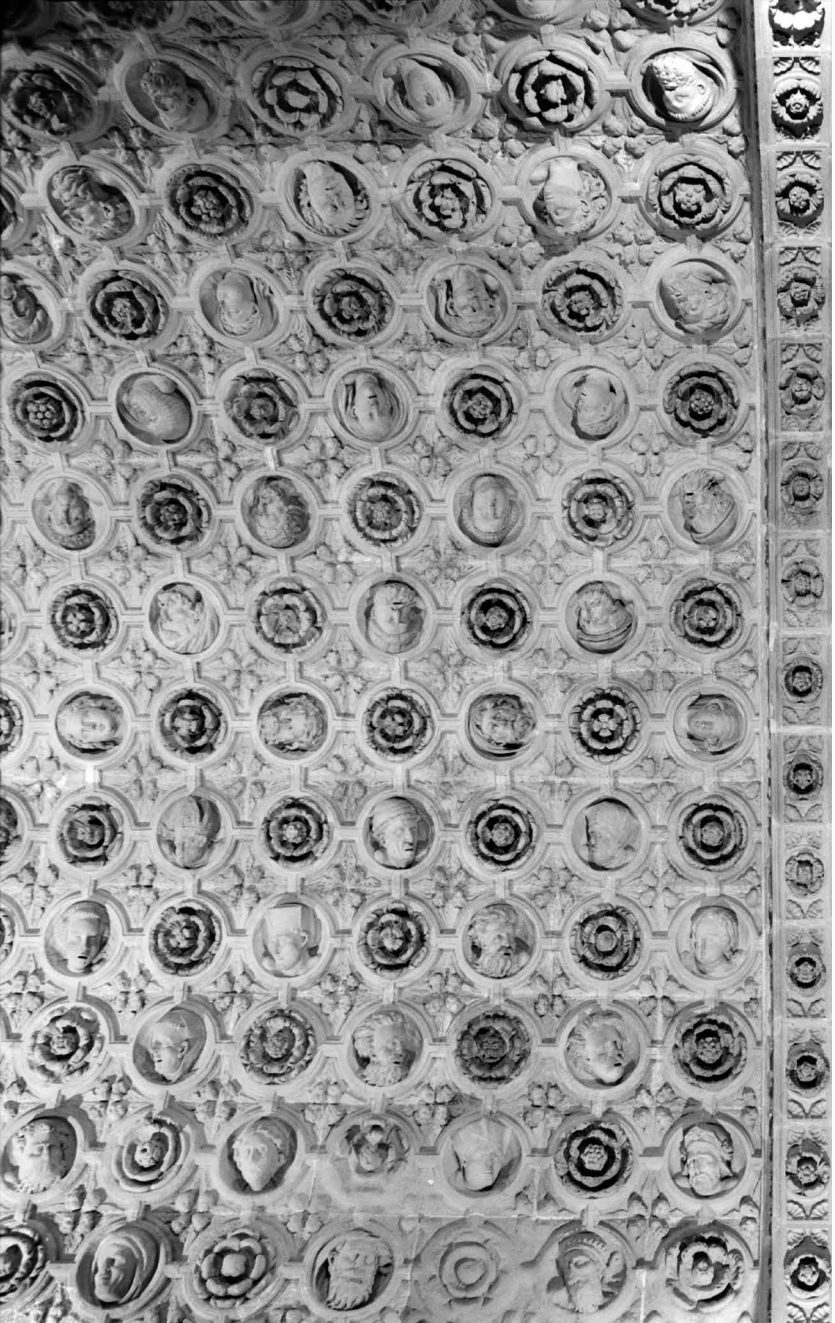
Al viajero le turba el encuentro con el Doncel. Porque tal vez su rostro no tenga ya la misma expresión, la única expresión posible, feliz conjunción de todas. Quizá su figura sea una más entre tanta belleza, pero no haya trascendido sus límites. Durante años fueron grises los caminos. Había una opacidad que alejaba los paisajes. La perfección de un río, de un valle, valía por sí misma, sin que se adivinase en ellos algo más. Y también los hombres –enormes pozos en los que una sombra contenía otra, un vacío otro vacío-, provocaban miedo y extrañeza.

Ante los ojos del peregrino aparece la reja del atrio. La puerta de la fachada principal se cierra tras él abriéndole otro mundo tenebroso. La atmósfera se adensa y se mueve a impulsos del frío. Suena una campana, una sonería de reloj, todas las campanas y los relojes de la trágica ciudad, esos sonidos que se oyen claramente a distancias infinitas, de almena a almena, de cerro a cerro.

El viajero supo, al conocer la catedral, hace ya tiempo, en dónde se asentaba exactamente la capilla del Doncel. Se dirigió hacia allí y la figura conocida apareció en escorzo. Vio de inmediato que aquella silueta se desprendía del entorno con el brillo inexplicable de los cuerpos vivos. Y, ahora, espera el encuentro definitivo y lo retrasa porque el deseo y la duda no le dejan sosiego.

Recorre las naves, la girola, y, en el claustro, le vienen a la piel –porque no son memoria seca los recuerdos, sino sensación entrañable y directa-, otros claustros semejantes, repletos de palomas. Tiene la luz del recinto su mismo batir de alas y el olor a algarroba y olivo seco. Porque todas las piedras conocieron idénticos diluvios y quiebras igualmente, se carcomen dolidas por un extraño mal. Son piedras de oscuras alianzas que, abrazándose en arcos, crearon un mundo cóncavo, una bóveda para que te contenga en su seno.

Las piedras han visto nacer a Sigüenza. La catedral se ha alimentado de su propia tierra: la caliza de Aragón, la arenisca y el jaspe rojo y negro de sus alrededores. Tu propia ciudad ha edificado un hueco lleno de palabras y de intimidad.



De pronto, una tormenta oscurece los muros. Resuenan los truenos y la lluvia. En vano te buscaré en ese aire que te acosa: pasos, campanas, cánticos y ese otro rumor interno de arañas y murciélagos que horadan la piedra desde los siglos de los siglos hasta convertirla en tu respiración. Porque algo más pálido te alumbra, te da vida, te separa.

La música del órgano forma una tela de frías resonancias, un duro oleaje que crece en ecos, en ondas y retumba de muro a muro, sin agotarse, tejiendo un espejismo en torno a tu figura enh donde habita el silencio más absoluto.

La catedral es la luz. Se transparentan sus bóvedas y el sol que traspasa a las delgadas vidrieras aleja los cuerpos y los difunde en una niebla coloreada. Todo podría desaparecer, salvo tu presencia que te desborda: aire y tierra, espejo en donde todo muere.

Una catedral es un paisaje humano en el que suenan las emociones y el dolor. Un paisaje que vela por nosotros. Allí se recluye nuestra niñez y allí volveremos, a la nada y al silencio, para encontrar la verdad y la vida.

La piedra no es dura ni fría. Algo nos hace sentirnos iguales. Algo muy íntimo nos dice que somos de su misma naturaleza. Y, por eso, la vista recorre las columna, los encajes de los ventanales puntiagudos del claustro, tan tibio y alejado como el oscuro pozo. No entiende sus signos, pero siente la inminencia del único significado posible.

Suena el órgano y, desde el coro, se enlazan con su música, los cantos de los canónigos. Los ha visto cruzar las naves, apresurados, tan apenas la flotante estela oscura de sus capas.

El viajero entra en la capilla de los Arce. Siente que el espacio se ondula al compás de cada nota. Una claridad empavonada por los emplomados cristales de muros y bóvedas ilumina la catedral. La vida se torna leve y sin historia. Todo se adormece y nos hacemos ingenuos y el curso del tiempo se detiene sobre nosotros.

V

La tierra y la luz interpretan su música; los bosques se estremecen y perfilan en el aire la buena nueva, la desconocida corriente. Ha de ser así. Todo debe suceder así: con ese movimiento indescifrable en el que intuimos una verdad que no nos resulta ajena.

¿Quién eres tú, caballero de la cruz de fuego? ¿Cuál es tu voz? ¿O acaso no tienes voz y hay que buscarla en otro lugar, en donde la palabra se sustituya por una música llena de sentido, por otra palabra que no existe?

¿Cómo contar lo que tú eres? Tu cuerpo pagano interpreta a Dios: porque en él se funden todos los contrarios, la vida y su simple complejidad. Una música que no podremos comprender nunca: el más alto don y el final de todo.

Naciste en la aridez. Como una condensación profunda, un lujo supremo y humilde que transparenta el hálito de la tierra y su desaliento.

-Eres afortunado –te dirán-. Encontraste una ciudad para vivir. Y lo que es más difícil: has encontrado un sitio en donde morir.

Y tú nada respondes. Porque sabes que,

efectivamente, morir es dulce, y difícil, y largo. Y todos queremos prolongar la muerte así, viviéndola como tú la vives; viéndola destilar, gota a gota, como una fuente en la que, al fin, hemos de vaciarnos eternamente llenos.

-No tengo prisa –podrá decirte alguien-. El tiempo ¿acaso ha existido alguna vez? El pasado parece un montón de gestos y ruidos inexplicables. Tu cuerpo me arrastra a la eternidad, puesto que lo hemos vencido todo y todo es polvo, ceniza y nada: los insondables ríos de tu silencio.

Nos nos perturba tu mirada ni tu indolencia, sino esa forma divina de morir sólo por conocer la muerte y conocerte. Es ese abismo al que te asomas con la misma gracia con que te asomarías, al despertar, asombrado, a tu ventana, tras la que se desliza un campo seco y un río casi oculto y un cielo pobre.

El rostro de Cristo, ausente, se inclina sobre ti: sus párpados están caídos y su expresión, como la tuya, funde la amargura y el conocimiento. Pero en ti no hay ausencia. Respiras. El espíritu no te ha abandonado y te traspasa y te da vida. La primavera se ha reclinado sobre el hielo y le presta su magia y su vitalidad.

Alguien rozará tus manos y tú acariciarás su frente y borrarás sus deseos, incluso el deseo de tus manos, y ya nunca más estarás solo.

-He venido a esperarte –se oirá una voz-. Y llegarás entonces, cuando deje de sonar la música y las campanas. No habrá nada milagroso ni extraño. La luz brillará como siempre y las cosas permanecerán justo en su sitio. Porque tu presencia es lo habitual en un aire vivo en el que todos nos reconocemos. Y, luego, te sentarás en la escalera, a los pies del sepulcro de tus padres y estarás allí, sumido en ti mismo. Y tu silencio atraerá a todos los silencios como un abismo en el que se ha de precipitar el propio abismo.

Tú sabes que, entonces, podrías desaparecer. Despertaríamos en un campo liso, inacabable, y la nostalgia se apoderaría otra vez de nuestras vidas. Porque ya ni siquiera te recordaremos en ese aire tibio que no rebasa el límite de la piel y en donde nada existe.

Pero aún estás en la capilla. Te mueves con paso solemne y natural como un árbol se movería en cualquier campo. Con su misma dejadez ocupas tu lugar de siempre. Tiene tu cuerpo la curvatura precisa que no puede ser rozada por el aire porque no lo hiere. Has interpretado su proporción y su ritmo y, por eso, no te expones inerme con el rostro vuelto hacia el cielo.

Dices: -Estoy aquí para morir.

Sabes que morir es ese deslumbramiento breve que te hace ver sin espacios y sin tiempos. No hay palabras en los árboles ni en el viento. Porque nada existe. Esa verdad tan sólo. Y suena como si ya hubiéramos muerto todos y todo fuese un recuerdo.

Ha terminado de leer *Cinco.*
Si le ha interesado, tuitee o comparta sus opiniones con
Uno y Cero Ediciones.

Tal vez le interese leer otros libros de nuestro catálogo:
Silencio vacio, Cuando tú me leas dentro de mil años,
Soundscape, Mi primer bikini, Estancia o No más sueños.

Twitter
Facebook
Contacto

VOLVER